



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 12539

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península.—Un mes, 3 pes.—Tres meses, 6 id.—Estranjero.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Administración y Redacción, Mayor 24

MARTES 25 DE AGOSTO DE 1903

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Oumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

PIEDAD!

No, no se puede contener, ni lo intentamos, este grito que sube á los labios desde el fondo del alma.

Pedimos el indulto de un sentenciado á muerte y lo solicitamos de quienes pueden aconsejarlo y del que por su cristiana misión puede interceder para que le conserven la vida.

Nos indigna el crimen cometido, pero nos causa lástima la situación desesperada en que se encuentra quien lo cometió.

Esto que sentimos dentro de nuestro ser no se razona. ¿Qué se ha de razonar al como lo hemos de contener si es el fruto de la sembradura de sentimientos generosos que hizo nuestra madre en nuestro corazón?

Sin esperanza, pero poniendo en los puntos de la pluma todo el raudal del sentimiento que en estos momentos nos hincha el corazón y oprime la garganta, hemos escrito los siguientes telegramas que hemos enviado á su destino:

«Presidente Consejo Ministros:

Suplico indulto pena muerte condestable José López Guzmán.

Moncada, director Eco.

Ministro Gobernación:

Ruego interceda para indulto pena muerte condestable José López Guzmán.

Moncada, director Eco.

Nuncio Apostólico:

Espera de sus piadosos sentimientos interceda para indulto condestable José López Guzmán.

Moncada, director Eco.

Quiera Dios que nos equivoque.

mos y que la palabra perdón, enviada desde las alturas, colme los deseos de cuantos solicitan el indulto del desgraciado José López Guzmán.

¡Piedad para él!

Salisbury

El telegrama comunica la noticia del fallecimiento del marqués de Salisbury, ocurrido en las últimas horas de la tarde del domingo.

Con él ha desaparecido la segunda de las dos grandes figuras que llenaron la historia de la política inglesa durante la segunda mitad del siglo XIX.

Salisbury y Gladstone, jefes de los partidos conservador y liberal de Inglaterra, fueron los dos hombres que consiguieron elevar á esta nación al grado de esplendor que tiene en nuestros días. No sólo en la historia inglesa, en la historia universal contemporánea, esos dos nombres perdurarán eternamente.

Roberto Arturo Talbot-Gascoigne Cecil, tercer marqués de Salisbury, nació el 3 de Febrero de 1830 y se educó en Eton y Christ Church, colegio de la Universidad de Oxford.

Muy joven aún, antes de cumplir los veintitrés años, representó el distrito de Stamford en la Cámara de los Comunes, y allí permaneció militando en las filas de los conservadores, hasta que, á la muerte de su padre, pasó con el título de par á la Cámara de los Lores en 12 de Abril de 1868.

Acudíaba entonces el partido conservador lord Derby. A sus ór-

denes, en una y otra Cámara revelóse Salisbury como un gran orador, interviniendo, no obstante sus pocos años, en todos los debates políticos de importancia, y adquiriendo tal prestigio, que en Julio de 1866 lord Derby le confió la presidencia del Consejo de Indias.

Cayó el gabinete Derby-Disraeli, en 1868, y entonces combatió Salisbury desde la oposición los proyectos de Gladstone, entre ellos el de la abolición de la Iglesia de Irlanda.

Cayó el gabinete Derby-Disraeli, en 1868, y entonces combatió Salisbury desde la oposición los proyectos de Gladstone, entre ellos el de la abolición de la Iglesia de Irlanda. Volvió al ministerio de Indias en 1874, á la caída de los liberales; representó después á la Gran Bretaña en las conferencias de Constantinopla de 1876 y en el Congreso de Berlín de 1878. A consecuencia de la disparidad de criterio entre Derby y Disraeli, salió del ministerio el primero, y entonces Salisbury desempeñó la cartera de Negocios extranjeros, hasta que en 1880 la victoria de los liberales en las elecciones le obligó á salir del gabinete con Beaconsfield.

Desempeñando diferentes cargos elevábase su prestigio cada día más; de tal suerte que, al morir Disraeli en 1881, le sucedió en la jefatura del partido conservador, continuando su política.

Fue presidente del gobierno en 1885 sucediendo á Gladstone. Las vicisitudes de la política, y, sobre todo, la cuestión de Irlanda, le derribaron del cargo para devolvérsele nuevamente en Julio de 1886, al ganar otras elecciones los conservadores.

En esta etapa consiguió que las Cámaras votasen el aumento de la escuadra y resolvió un conflicto con Portugal, provocado por la expedición de Serpa Pinto en el Shire (Africa Oriental), en las con-

diciones más favorables á Inglaterra.

Concedió también entonces una Constitución independiente á la colonia Australia Occidental; denunció la gran influencia del clero católico en Irlanda, en perjuicio del elemento protestante; hizo un viaje á Italia, y de acuerdo con esta potencia marcó los límites anglo-italianos en el Africa Oriental.

Celebró poco después varias conferencias con el Emperador Guillermo de Alemania, á hizo declaración de guerra á España, combatiendo, por otra parte, rudamente el programa de Gladstone acerca de la política interior.

La cuestión de las pesquerías del mar de Islandia originó un incidente en los Estados Unidos, en el que la respuesta de Salisbury á una proposición para renovar el «modus vivendi» estuvo á punto de provocar una ruptura, que al fin pudo evitarse.

Derrotado en las elecciones, continuó, sin embargo, en el gobierno, confiado en que la mayoría liberal era escasa; pero se presentó un voto de censura al gabinete, y en la sesión del 11 de Agosto de 1892 la Cámara de los Comunes lo aprobó por una mayoría de 40 votos, entre manifestaciones de entusiasmo de los diputados irlandeses que, subidos en sus bancos, aclamaban á Gladstone agitando los sombreros.

Cayeron, pues, los conservadores; y en la oposición, Salisbury no dejó un momento de combatir á los liberales, mostrándose conforme con éstos sólo cuando declararon que no abandonarían el Egipto las tropas inglesas.

Combatió el proyecto de autonomía á Irlanda, reuniendo 140 000

firmas de mujeres en una exposición dirigida á la Reina, y censuró durísimamente la separación de la Iglesia y del Estado en el país de Gales.

Vuelto al poder en 1895, sucediendo esta vez á lord Rossebery, aprobó varias leyes sobre organización de talleres y fábricas y construcciones navales. Defendió la preponderancia legislativa de la Cámara de los Lores, arregló la cuestión de los límites entre Venezuela y la Guyana inglesa y combatió enérgicamente el libre cambio, sosteniendo además su actitud respecto á Irlanda é interviniendo en las cuestiones orientales.

Los últimos actos políticos de Lord Salisbury están demasiado recientes para que necesitemos recordarlos.

Separado Chamberlain del partido liberal, fué á unirse á Lord Salisbury y con él ha figurado—ejerciendo gran influencia—en los últimos gabinetes que ha presidido el jefe conservador.

La guerra del Transvaal fué la gran preocupación de su último periodo político, determinando, acaso, en unión de sus achaques, su retirada hace muy poco tiempo cediendo la presidencia del gobierno á su sobrino Lord Balfour.

En uno de sus últimos discursos pronunció aquellas célebres frases de las naciones vivas y moribundas, que dieron ocasión á tantos comentarios.

Al retirarse de la política, y aun antes de morir, ha visto que su partido se deshace. Para sostenerse en el poder, lord Balfour ha tenido que apoyarse en los nacionalistas irlandeses.

Y como, por otra parte, los liberales ingleses no están mejor or-

Probad el Licorero de HENRI GARNIER y C.

250 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

entre una cortina y la escuchaba con atención. Margarita prosiguió.

—Vos me justificáis; cuando me haya muerto decidid que si no he muerto más pronto no ha sido culpa mía; que ya he hecho todo lo posible para conciliar; todos los remedios que me daban no pasabas de mis labios ni los tragaba á no ser cuando me observaban mucho. Por la noche, cuando todos dormían, yo me levantaba, cogía frijo; si me molestaban tomar ópio tomaba demasiado; me daban que no durmiera del lado izquierdo y yo dormía y me apretaba el corazón hasta perder el aliento... Creed que no sabía ya qué medios emplear para conciliar.

—Basta, basta, Margarita,—dijo Pablo presentándose á su vista.—Ya es lo bastante para salvarte y te salvaré, y sacaremos dichosos, ya verás: olvidaremos todo lo que hemos sufrido. Muéstrame esa carta y sáde tomar.

Tomó la carta la leyó sin emoción, la estrujó y la arrojó al suelo.

—¡Es una carta infame!—murmuró.—¡Es un insulto á mi honor! ¿Cómo hubiera yo podido estrechar la mano á su marido después del duelo, si lo que en esa carta supone fuese verdad? ¿Cómo hubiera aceptado sus disculpas y aconsejado el matrimonio, si yo hubiera estado envilecido á mis propios ojos y le hubiera faltado en su honor? Esa mujer está loca, más wool

CESARINA DIETRICH

291

que él, porque su extravío es hijo de una conciencia torcida y mal corazón. Debería odiarla porque su móvil no es la pasión que ella: espera castigarme así de los consejos que le he dado, y conociendo mis principios quiere dejar en mi vida un remordimiento eterno: ¡no lo conseguirá! ¿Sabes lo que yo hubiera hecho en presencia de tal mujer, si tú, Margarita, y mi tía no hubieras existido? Hubiera asistido á su cita, pero solo para decirle: «guardaos señora, esta ocasión que mañana ofreceréis á otro.» Margarita, mi pobre Margarita; no me conocéis. Para ello jura que queráis curarte. ¿No ves en mis ojos que tú y mi querido Pedro sois los únicos seres á quienes amo en el mundo?

Al hablar así, fué á buscar al niño y le puso en los brazos de su madre.

—¡He aquí nuestro tesoro!—exclamó.—Dime si yo puedo dejar de amar á la madre de este niño; si puedo vivir sin ella. Pongámonos en lo peor. Supone que hubiera tenido un capricho por esa mujer, excéntrica á quien has admirado tú más que yo la admiraba. ¿Será un gran sacrificio exigirme que olvidaras ese capricho como lo olvidó yo? Supon todo lo que quieras, Margarita mía admite que soy un neófito, un valiente, un libertino, pero al menos no sápongas que al verte desear la muerte, al verte procurarla, acepto la vergonzosa dicha que me quieres legar! Vamos,

294 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

—No por cierto: está bueno y sano.

—Lo pregunto porque tenía que haberte de mi libro y le he escrito dos veces; no sé por qué no me ha respondido y voy á ir contigo á su casa.

—No,—exclamó yo viendo que no había más remedio que luchar de frente.—No vengas, ha recibido tus dos cartas y las ha quemado.

—¿Y te las ha quemado?

—Sí.

—¿Y á Margarita?

—No.

—¿Y era eso lo que tenías que decirme?

—Todo.

—¿Es decir que entonces ha querido separarnos? porque debe comprender que no me resignaré á seguirme toda la vida detrás de ti.

—No lo temas, porque está todo dispuesto para que me vaya á vivir desde hoy mismo con mi familia.

—Harás muy bien,—dijo con tono seco, y se encerró en un cuarto, del que no salió hasta la hora de comer.

Hice mis preparativos de marcha y me despedí de Mr. Dietrich sin dejarle penetrar la verdad, sino protestando un traje que reclamaba el restablecimiento de mi sobrina.

Estábamos en el palacio Dietrich donde Cesarina había querido pasar el día, según dijo á su marido,